

CONFERENCIA IX

LA EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU PARA ENSEÑARLE Á
DOMINARSE

1. La ciencia descuida el estudio del hombre.—

Cuando se da una ojeada á esa multitud de obras de filosofía moral, que, á partir de los estoicos, van creciendo sin cesar, y que desde Spinoza propáganse tan rápidamente como el veneno, piénsase sin querer en las palabras del Profeta: «Crece la multitud, mas no el gozo». ⁽¹⁾ Por el contrario, bien cabe decir que cuantos más libros tenemos acerca del hombre, menos se le conoce. Esos pretensos manuales de filosofía moral hablan mucho de la naturaleza, del fin de la naturaleza, de lo que se puede y de lo que se debe hacer, del egoísmo y del altruísmo, de la teología y de la autonomía. Pero, desgraciadamente, guardan completo silencio cuando del hombre se trata. Y si por ventura hablan, vese en seguida que sus autores no han dado jamás una mirada á su interior. Es por lo general el lado flaco de casi todas las ciencias profanas. Si no hubiera ciertas novelas llamadas psicológicas, que no estudian al hombre, sino que le analizan químicamente, y le detallan anatómicamente, casi pudiera decirse que no existe para la literatura profana.

Sí, la frase de Paúl Bourget es verdadera: «El alma humana es una selva oscura apenas registrada».

Mas, abstracción hecha del daño que eso causa á una época, es verdaderamente vergonzoso para ella el some-

(1) Is., IX, 3.

ter cada cosa al examen más minucioso, sea infinitamente pequeña ó infinitamente apartada, y olvidar al hombre en sus investigaciones. ¿No es, pues, digno de observación alguna? ¿Es él lo único que no puede llegar á conocerse? ¿Nada cabe aprender en él?

Debemos protestar contra una negligencia tan culpable. El hombre es, sin embargo, verdaderamente tan interesante como la polilla y las ranas. Ciertamente, tiene grandes culpas; pero no mereció la vergüenza de que, por la palabra *ciencia*, entiéndese tan sólo aquello que dice relación á las setas ó á las antiguallas, y que se elimine del número de los sabios á quien se cuide del corazón y de la inteligencia. Sabemos ciertamente apreciar una buena biblioteca, pero, á pesar de eso, declaramos que es el hombre la más rica biblioteca, y que en él es dado aprender mucho más que en todos los libros del mundo.

2. Desorden que reina en el interior del hombre.—

Queremos, si no excusar el hecho de que el hombre pone tanto cuidado en huir de sí mismo, á lo menos explicarlo.

Es el hombre verdaderamente una selva espesa y misteriosa. Todas las selvas vírgenes de Ceilán no ocultan mayor número de sorpresas que su corazón. Mas, por otra parte, no guardan mayores peligros que impidan entrar allí. Pues, la razón principal por la cual el hombre pónese tan cuidadosamente en guardia contra sí mismo, está en que sabe perfectamente cuán bravía es esa selva, y qué número de habitantes peligrosos encierra. No es que le sea dado conocerse; sino más bien porque prefiere ignorarse. He ahí porque resulta tan extraño á sí mismo. Huye de entrar, porque teme á lo que pudiera descubrir.

Aun cuando el hombre ha triunfado de sus enemigos, que son el mundo y la carne, no se ha de creer que se halle todavía seguro ni en reposo. Pues los enemigos que guarda en su interior son mucho más numerosos, y los peligros con que amenazan mucho mayores. Á esos peligros

interiores pueden aplicarse estas palabras: «El hombre es para sí mismo su mayor enemigo». Porque si no los conoce, ó si no sabe apreciarlos debidamente, ó si llega á despertarlos, como sucede con frecuencia, necesario es tenerle por perdido.

Un desorden insensible ha penetrado en el interior del hombre. No basta que la carne conspire contra el espíritu, ⁽¹⁾—hemos hablado ya de eso,—mas, en el espíritu mismo, los pensamientos acúsanse y defiéndense por turno, ⁽²⁾ de tal suerte que no ejecuta él el bien que quisiera, sino el mal que no quiere. ⁽³⁾ Entonces hállase todo en revolución y en lucha, todo busca ocasión para hacerse independiente, y causar daño al alma: el ejército de los afectos, ó como acostumbamos á decir, de las pasiones, con sus auxiliares tan decididos en la naturaleza sensible y en los sentidos externos, la imaginación, la memoria, la voluntad, el corazón. Por doquiera la corrupción, el peligro, la guerra.

Ese mal penetró tanto, que muchos han creído que llevamos en nosotros doble alma, un alma animal ó carnal, y un alma racional ó espiritual. Es la doctrina de la tricotomía, presentada de diversas maneras por Numenio, por los maniqueos, por Apolinar, Gunther y otros.

Ciertamente, ese error va demasiado lejos, y nos arrebataría toda esperanza de suprimir el dualismo que en nosotros existe, puesto que, en tal hipótesis, no sería sino una misma cosa con nuestra naturaleza. Si, pues, nos vemos precisados á desecharla, así por esa razón como por otras, concedémosle, no obstante, gran importancia en cuanto nos deja ver cuánto sus representantes han debido sentir la decadencia que penetró en nuestro interior.

3. Errores acerca de la mortificación.—Pero no necesitamos error alguno para defender la verdad, y sobre todo cuando se trata de una verdad tan sólida como ésta.

- (1) Gal., V, 17.
 (2) Rom., II, 15.
 (3) Rom., VII, 19.

Podemos ciertamente decir que la humanidad entera conviene en que se da en nosotros un gran desorden, pero que también conviene en que debe hacerse algo para suprimirlo, y para curar el alma.

No hay duda de que se dan personas entregadas al placer en todas las épocas, personas cuya ciencia de la vida resúmesese poco más ó menos en estas palabras que Mobed dirigía á Rustem:

«Goza mientras vivas, piensa que la fábrica del mundo es perecedera, y que, una vez bajado á la tumba, echarás de menos los placeres con que te has destetado aquí bajo». ⁽¹⁾

Los griegos fueron quienes enseñaron con mayor crudeza esa sabiduría carnal, ⁽²⁾ como San Pablo la llama con su preciso lenguaje. Hazte vida cómoda; no te prives de placer alguno; procúrate cada goce tan grato como posible sea. He ahí poco más ó menos los tres mandamientos según los cuales han organizado su vida, y que les han merecido ser los favoritos del Humanismo, á la vez que ser proclamados por el mundo como maestros de la verdadera civilización en todos tiempos.

Desgraciadamente, debemos citar entre los adversarios declarados de la mortificación y del ascetismo, una tendencia muy extendida actualmente en el interior del mismo Cristianismo. No se cansa de ver en la mortificación una dirección falsa impresa al espíritu cristiano, ⁽³⁾ una renuncia inhumana ⁽⁴⁾ á cosas lícitas, una contradicción con las disposiciones de la naturaleza humana y los datos del Evangelio debidamente entendidas, ⁽⁵⁾ un tormento moral inútil, pura locura. ⁽⁶⁾ No teme siquiera hacer despreciables las prácticas más heroicas para llegar á la purificación mo-

- (1) Schack, *Firdusis Heldensagen*, 10, 12, p. 252.
 (2) Rom., VIII, 6.
 (3) Dorner, en *Hertzogs Realencycl.*, (1) IV, 193.
 (4) Mangold, *ibid.*, X, 760.
 (5) Hertzog, *ibid.*, I, 413.
 (6) Palmer, *ibid.*, XVI, 513.

ral, ⁽¹⁾ como si fueran niñerías, cuando todavía no llega á considerarlas como resultado de la más completa decadencia, afirmando, con Rothe, que «las prácticas de penitencia y de mortificación suponen anteriores excesos, y el despotismo de la sensualidad». ⁽²⁾

No obstante, eso es excepcional. Por regla general, podemos decir que por doquiera y siempre la humanidad sintióse convencida de la necesidad de la mortificación.

En ese sentido, fácilmente podemos ahorrarnos el trabajo de suministrar la prueba de lo que decimos. Pues, desgraciadamente, hay otros errores contra los cuales debemos preferentemente ponernos en guardia. Son las exageraciones contra el abuso y la falsa interpretación de la mortificación. Púdose, ¡ay! ver crecido número por diferentes lados.

Los pitagóricos, y más aún los neopitagóricos, de igual suerte que los representantes de muchas sectas que son de su parentesco, y que sólo de nombre son cristianos, como los gnósticos y los maniqueos, predicaban igualmente la abstención, y aun hacían con frecuencia consistir toda la sabiduría y toda la perfección en la mortificación. Pero la razón de eso debe buscarse en una manera de ver más ó menos panteísta, que habían seguramente recibido del Oriente, verdadera cuna de esa falsa ascética. ⁽³⁾ Absténíanse de ciertos alimentos, de ciertos goces, no para aprender á dominarse, sino, en parte, porque los creían malos y capaces de comunicar el mal por contagio, y, en parte, por no cometer crimen contra el alma racional ⁽⁴⁾ ó humana, ⁽⁵⁾ que se ocultaba en los animales ó en las plantas, aun quizá contra la divinidad que sufría en ellos.

Otros, como los neoplatónicos, vieron en el pecado, se-

(1) Rothe, *Ethik*, (2) III, 458.

(2) *Ibid.*, III, 473.

(3) Philostr., *Apollon.*, 6, 11, 9.

(4) Porphy., *Abstinentia*, 3, 1 y sig.

(5) Plotin., *Enn.*, 3, 4, 2.

gún antes de ahora hemos dicho, la confusión del alma con el elemento sensible, y la dependencia del espíritu con relación al cuerpo y á todo lo corporal. ⁽¹⁾ Esta doctrina fué renovada por Schleiermacher y Julio Müller. Así, pues, para alejar todo lo posible al alma de las máculas que consigo lleva su contacto con lo sensible, pretendían limitar, en la más estricta medida, las necesidades exteriores de la vida. Mas no era eso evidentemente nada de mortificación. Era tan sólo una tendencia muy marcada hacia el orgullo del espíritu.

Verdaderamente, desempeña éste gran papel en la historia de la mortificación, allí en donde no se la practica con intenciones y con una manera de ver verdaderamente cristianas.

Vémosle encarnado bajo su más repugnante aspecto en el fariseísmo. Desgraciadamente, no es este el único ejemplo. Aquel desasimiento que ostentaban tan groseramente los cínicos y los estoicos, que, despreciando al conjunto de los hombres, se complacían en mostrar que se hallaban muy por cima de él, los excesos de los penitentes de la India, que se separan del mundo con una insensibilidad y un desaliño repugnantes, y viven en una especie de embrutecimiento intelectual ⁽²⁾ para no participar de la falta que la naturaleza ó la divinidad comete produciendo esta miserable existencia; ⁽³⁾ aquellas penitencias disimuladas y encarnizadas de los jansenistas, que no solamente querían huir de los hombres á quienes despreciaban para no tener participación alguna en su miserable suerte, sino para intentar persuadirse á sí propios, y hacer creer al mundo asombrado, que en ellos nada más había que el hombre corriente; ⁽⁴⁾ todo eso y otras muchas cosas análogas no son evidentemente más que el orgullo disfrazado.

Como siempre, Schopenhauer es quien se explicó más

(1) Porphy., *Abstinentia*, 4, 20.

(2) Wuttke, *Heidentum*, II, 354, 366, 368, 370 y sig.

(3) *Ibid.*, 363 y sig., 377.

(4) Nisard, *Hist. de la litt. franç.*, (1) II, 205.

crudamente respecto de tal asunto. Nadie espera que hombre tal recomiende la purificación moral. No obstante, hácese partidario de la mortificación, y á la letra. «Únicamente el hombre vulgar—dice él—encuentra este mundo rico en goces. Para distinguirse de él, el medio más sencillo está en separarse de él completamente, ó bien en servir de él, si no en abusar de él, de manera que se satisfaga cuanto posible sea el fin del hombre de genio, que es la negación del mundo, y, en definitiva, la negación personal». (1)

Desde luego que estas orgullosas palabras bastaban á Schopenhauer. Quien le conozca, no creerá que hubiese practicado él estos bellos principios. Pero los penitentes indios tómanlos en serio en la realidad, y con sus mortificaciones, llegan hasta el suicidio. (2) Pues bien, claro es que tal mortificación, no solamente es incapaz de purificar y mejorar el alma, sino que, por el contrario, debe tornarla grosera y salvaje. (3) Los representantes de tales tendencias no piensan en el alma. Tratan solamente de maltratar, oprimir ó ahogar la naturaleza sensible. Ya Plotino dijo expresamente que lo que intentaban no era la purificación del alma, pues, según su convicción, el alma no necesitaba purificarse. (4)

Mas cuando el alma resulta así descuidada en principio, el resultado á donde se llega, es que las pasiones se vuelven contra el mal trato con todo su salvajismo.

Puédese ver esto con mucha frecuencia confirmado por los hechos. Pues precisamente en estas esferas, es en donde somos testigos de los más tristes errores morales que se ocultan vanamente bajo el manto de la piedad y de la religión. La historia nos muestra que semejante falso ascetismo no hace más que embotar el espíritu, matar los

(1) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 363 y sig., II, 649 y sig., 630 y sig.

(2) Wuttke, *Heidentum*, II, 374 y sig.

(3) En este sentido admitimos lo que Ed. Caird (*Evolution of religion*, (3), II, 286) dice en sentido general.

(4) Plotin., *Enn.*, 3, 6, 5.

esfuerzos morales, caldear la imaginación, excitar la concupiscencia, sostener la licencia, y alimentar la más incorregible de todas las especies de orgullo, el orgullo de la virtud.

4. ¿Quiénes necesitan la mortificación?—Por lo dicho, fácil es ver que con la mortificación sucede lo que con un medicamento energético ó con un buen baño. Empleada convenientemente, y bajo acertada dirección, es fuente de vida; però mal empleada, ese medio indispensable para la virtud puede convertirse en obstáculo para su realización, y hasta en su tumba.

De igual modo que el que abusa de un remedio no alcanza de ninguna manera su virtud curativa, de igual suerte todo daño que el mundo se cause á sí propio, mediante falsa aplicación de la mortificación, no puede dañar á la verdad de que pocas cosas hay que sean más necesarias al hombre. (1)

Ningún principio debiera predicarse con mayor frecuencia y más expresamente, pues concierne á todos, y eso no tan sólo como benévolo consejo, sino como serio encargo. (2)

El Evangelio hace notar bien que el Salvador dijo, no solamente á sus discípulos, sino á todo el mundo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame». (3) No dice que quien quiera ir en pos de sus pasos se mime á sí propio, que ahorre su carne; no, dice que debe negarse á sí mismo. (4) Nadie puede poner, pues, su fin tan bajo,—si aspira á su fin último,—que no se vea obligado á pensar en la mortificación. El Salvador no se contenta con declarar que quien huye

(1) Cf. Alvarez a Paz, II, 1, 2. Rodríguez, II, 1. Saint-Jure, *Connaissance du Fils de Dieu*, I, 3, p. 2, c. 10, 5, 6-20. Vallgornera, *Appen.*, n. 142 (II, 385 y sig.). Schram, § 80-100. Philipp. a S. Trinit., I, tr. 2. Dirckinck, *Semita perfectionis*, 1, 2-27. Tronson, *Examens particuliers*, 151-180. Surin, *Catéchisme sp.*, p. I., ch. 4; p. 13 y 14. Meynard, (3), I, 93 y sig. Lejeune, *Intr. á la vie myst.*, 187-231. Bürger, *Christ. Vollk.*, 147 y sig.

(2) Basil., *Regul. fus.*, 8, 1.

(3) Luc., IX, 23.

(4) Victor Antioch., *In Marc.*, 8, 34.

de la mortificación no se le asemejará en lo perfecto, sino que dice que no es digno de él. ⁽¹⁾

Así, pues, nadie es de tal suerte perfecto que pueda prescindir de la mortificación. Nadie en esta vida se halla enteramente libre de faltas, sino que cada cual necesita purificarse. ⁽²⁾ Puédesse andar ya largo tiempo por el camino de la perfección, sin que por eso se crea uno exento de la ley de la mortificación. «¿Quién pensará nunca haberlo todo purificado en su vida,—dice San Bernardo—de tal manera que nada le quede que hacer? Creedme, apenas la poda se haya terminado, cuando aparecerán nuevos brotes. Pues no basta con haber tomado una sola vez la podadora. Necesario es hacerlo con frecuencia. Así, pues, si no te forjas ilusiones, siempre hallarás algo que limpiar en ti. Por grandes que sean los progresos que hayas hecho, te engañas si crees que tus defectos están muertos». ⁽³⁾

Según esto, no hay nadie á quien no se deba predicar la necesidad de la mortificación. Pero principalmente incumbe á quienes aspiran á adelantar en la vida espiritual, y en la perfección. ⁽⁴⁾ La *Imitación de Jesucristo* dice: «No adelantarás sino es haciéndote violencia». ⁽⁵⁾

Para los primeros pasos, puede bastar con tener buena voluntad. Dios no se lo pide todo al principiante, sino que le dispone, hasta que se haga más fuerte, y se desprenda de su primera timidez. Mas tan pronto haya pasado el primer escalón, la mortificación reclama sus derechos, de idéntico modo que la seriedad, tratándose de quien haya traspuesto la infancia.

Aquí se halla siempre la respuesta á tantas dudas y cuestiones que surgen en el camino de la vida espiritual. «Yo tenía, sin embargo, buenas intenciones al entrar al servicio de Dios—dicen muchos.—¿Por qué, pues, no tengo tantos

(1) Matth., X, 38. Luc., XIV, 27.

(2) Apocal., XXII, 11. Thomas, *In Ioan.*, XV, 1. 1.

(3) Bernard., *Cant. cant.*, 58, 10.

(4) Bened. XIV, *Beatific. et canonis.*, 3, 28, 12; Phil. a Sancta Trinitate, *Myst.*, I, tr. 2, d. 4. Rodríguez, 2, 1, 5.

(5) *Imitat. Christi*, I, 25, 11.

consueles como en el comienzo? ¿Por ventura no atraso en vez de adelantar? ¿Acaso, en definitiva, no di un paso en vano? Quizá no encontré un buen guía para llevarme por el camino de la salvación. ¿Me equivoqué en Dios, ó Dios me engañó?»

No, alma buena, no. Nada de eso. Sino que has creído poder adelantar sin mortificación. He ahí tu gran equivocación. Sin mortificación no se da fuego duradero, ni consuelo, ni devoción. Sin mortificación no se da energía en las tentaciones, ni victoria en las luchas contra la carne, ni pureza de corazón. Sin mortificación no se da progreso, ni tenacidad, ni perfección. La mortificación es la muerte de las pasiones, remedio contra el placer que se halla en el pecado, el golpe dado á la raíz del mal. Es alimento del celo, aceite de la oración, camino de la unión con Dios. Aprende á estimar mejor y á practicar la mortificación, y bien pronto verás el cambio operado en ti por la mano de Dios.

5. Necesidad de la mortificación á causa del espíritu de los tiempos, de la Iglesia y el Cristianismo.—Son principios estos que, para toda época, tienen, tarde ó temprano, su valor. Mas apenas hubo tiempo en que fuese más necesario inculcarlos que en el nuestro.

Dice Taulero en alguna parte, con su estilo inimitable en la energía: «Heme hallado en un país en el cual son los hombres tan viriles, se convierten y perseveran tan bien, que la palabra de Dios produce allí más fruto que aquí en diez años. En ese amable pueblo, vense maravillas y grandes gracias. Pero ciertos países no dan sino corazones femeninos. No sabe uno por donde cogerlos. ¿No sospecháis que de vosotros se trata? No obstante, es la pura verdad. Hijos míos, necesitamos ser hombres, y dejar las criaturas para convertirnos formalmente». ⁽¹⁾

Esto está enteramente conforme con lo que santa Hildegarda había escrito mucho antes: «Actualmente la energía de la fuerza viril hase convertido en debilidad femenina. Sí,

(1) Tauler, 73, a (37) (Frankf. 1826, II, 208).